



Siete por uno

y otras falsificaciones

Camilo Herrera

Colección Imaginarios

Siete por uno y otras falsificaciones



UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA



Herrera, Camilo

Siete por uno y otras falsificaciones -- Medellín: Editorial Bonaventuriana, 2025.
98 p. -- (Colección Imaginarios)

e-ISBN: 978-628-7524-32-3

1. Cuentos 2. Ficción; 3. Literatura; 4. Literatura colombiana; 5. Narración de cuentos

863

H565

@ Universidad de San Buenaventura



Colección Imaginarios

Siete por uno y otras falsificaciones

Autor: Camilo Herrera

Universidad de San Buenaventura Colombia

@ Editorial Bonaventuriana, 2025

Universidad de San Buenaventura Medellín

Coordinación Editorial Medellín

Carrera 56C N.º 51-110 (Medellín)

Calle 45 N.º 61-40 (Bello)

PBX: 57 (4) 5145600

editorial.bonaventuriana@usb.edu.co

www.usbmed.edu.co

www.editorialbonaventuriana.usb.edu.co

Coordinación editorial: Laura Daniela Arboleda Ramos

Asistente Editorial: Ana Luisa Muñoz Gutiérrez

Corrección de estilo: Laura Daniela Arboleda Ramos

Diseño y diagramación: Yon Leider Restrepo, Piermont SAS

Las opiniones, originales y citas son responsabilidad de los autores. La Universidad de San Buenaventura salva cualquier obligación derivada del libro que se publica. Por lo tanto, ella recaerá única y exclusivamente sobre los autores.

Los contenidos de esta publicación se encuentran protegidos por las normas de derechos de autor. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, sin permiso escrito de la Editorial Bonaventuriana.

e-ISBN: 978-628-7524-32-3

Cumplido el Depósito Legal (Ley 44 de 1993, Decreto 460 de 1995 y Decreto 358 de 2000)
Mayo de 2025

I m a g i n a r i o s



Siete por uno y otras falsificaciones

Camilo Herrera



UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA



Contenido

5	Siete por uno: el inicio
8	Orgía
10	Hipócida
13	Paisaje
19	Hospital
26	El tabuche
28	El concursante
33	Recocha
36	Siete por uno

Presentación

Siete por uno: el inicio

Este conjunto de textos, en el que se incluyen relatos, estampas y cuentos, configura una propuesta literaria donde la voz de la narración tiene un papel preponderante y se instala como rasgo característico del autor.

Y si bien afirmar lo anterior conduce a incluir bajo este mismo rasgo a buena parte de los escritores que pugnan por construir un universo ficcional, son destacables aquí el tono, el hilo de ironía que recorre las páginas, la cuidada sintaxis y la evidente elección del recurso del “giro de tuerca” para subvertir lo predecible y sorprender al lector.

Pero no en todas las piezas incluidas se cumple tal condición. Hay algunas, brevísimas, que se emparentan con más claridad con una suerte de estampas, al modo de los aguafuertes porteños de Roberto Arlt, maestro, a propósito, de efectivos esguinces a lo común y corriente.

5

Siete por uno y otras falsificaciones

Tal es el caso de “Orgía”, “El tabuche” e “Hipócida”.

Mención aparte merecen “Paisaje”, evidente mimesis borgesiana y homenaje a su arquetípica ciudad de arena, y “Siete por uno”, el cuento más largo de la compilación, una incursión del autor en un género policíaco productivamente construido desde los cómics y el western.

Ricardo Piglia dice que en “ese matiz indecible entre la verdad y la falsedad se juega todo el efecto de la ficción”, y en estos textos de Camilo Herrera se encuentran tres orígenes y vías posibles de ese matiz: las historias orales (“Hipócida” y “Hospital”), las propias vivencias a las que les busca su otro norte y el juego con la propia literatura (el ya mencionado “Paisaje” y “El concursante”). Esto último, de hecho, hace pensar al lector que está frente al artificio literario en su estado más puro: diálogo con otros universos ficticios y narración que busca ser verdad, una vez hace lo suyo en la mente y sensibilidad del lector.

Este breve libro de Camilo Herrera es ofrenda y promesa: ofrece y entrega paisajes, ámbitos, personajes y una voz; promete ser uno de otros párrafos y páginas del ensayo que aventura el autor con la ficción de la vida y de la propia literatura, y ahí, al mejor modo de Montaigne, “hablar sin preocuparse de todo lo que se presenta ante

su fantasía". El ensayo como autobiografía en tanto esta es básicamente crítica, como, de nuevo, lo dice Piglia: "alguien escribe su vida cuando cree escribir sus lecturas".

Ah, olvidaba decir, por último, que el relumbre del cine hace su mágica aparición aquí, por eso estamos convencidos del *déjà vu*.

Doris Elena Aguirre Grisales

Orgía

Tan pronto el lugar se oscurece, los personajes comienzan a buscarse. No saben realmente cuánto tiempo poseen para efectuar su desenfrenado festejo: en ocasiones, por días enteros sus cuerpos satisfacen los más oscuros deseos; en otras, no consiguen enredarse a plenitud. Al no descifrar los tiempos del lugar, se aventuran rápidamente, palpándose, reconociéndose, orientándose. Se trata de un verdadero momento de excesos, vicios, apetitos y, en muchos casos, satisfacciones.

Entrelazarse sin discreción no es el propósito de su existencia, pero el lugar los abraza con su escasez luminosa y ellos no parecen objetar ante lo que es, evidentemente, una provocación. Ya reconocidos los cuerpos, el curso de los eventos no responde a un plan lógico. Sin discriminación alguna, uno encima del otro, los colores y tamaños de los personajes se regocijan con movimientos incansables. El lugar se transforma en un recinto en el que el tacto y, con mucho sigilo, los leves sonidos que emiten sugieren una polifonía de placer.

Proviene de varias nacionalidades y sus funciones también responden a la diversidad. Esto no les impide cambiar de lugar, intentar otras posiciones, dar o recibir. Sus formas son variadas, pero todos tienen un miembro particular, diseñado para reproducir. Lo usan a su antojo, aunque no solo se detienen en esa parte: disfrutan de cada recoveco, cada capa corporal, cada ángulo que sus formas construyen. Al influjo de los sonidos provenientes del exterior, los personajes se transforman en una maraña.

No siempre están juntos. A ratos, uno de los integrantes debe retirarse a cumplir sus labores y el resto, pese a que lamenta la ausencia del otro, prosigue con su festín. Nada los emociona más que estar todos juntos; solo en completitud son capaces de alcanzar la total liberación de los deseos.

Todo termina cuando se llena de luz el lugar, se desenredan y algunos de ellos se disponen a cumplir su verdadera función: transmitir la imagen y el sonido, recargar la batería de un aparato electrónico, conectarse a un almacenador de información. No comprenden esa función estática, pero se consuelan con el rencuentro en el oscuro interior del maletín.

Hipócida

La historia, escuchada hace mucho tiempo, fue relatada por el músico Jesús David Llano en una noche de jolgorio no exenta de la conversación, situación común en el barrio del que es oriundo el genial pianista. La narración no pretendía pasar por real, pues se trataba de una idea que había arremetido en su cabeza por años. Una década después, desde un lugar en el que el modo de vida de la gente es, al parecer, más civilizado, se tuvo noticia de una adaptación de aquella historia que se cuenta a continuación. No está de más advertir que el relato podría no satisfacer a ninguna de las partes, debido a lo disímil de ambas versiones.

Nonato, el héroe de la historia, había leído en un boletín irrelevante que una persona podía morir de hipo pasada una semana. Lo cierto es que Nonato llevaba seis días de constantes movimientos intensos e involuntarios del diafragma, sumados al insomnio y al rechazo que generaba en otros semejante convulsión. Al creerse cercano a la muerte, Nonato decidió relatar, con una

grabadora, su última hora de vida. No es posible establecer si tenía treinta o cincuenta años, pues las versiones disponibles, como debe ser, se contradicen. El caso es que Nonato, sintiendo el frío del último aliento, comenzó a declararle su vida al aparato receptor de sonidos: había nacido en las montañas o en la ciudad; sus padres habían muerto, trágicamente, tras el descarrilamiento de un tren o, y no es posible determinar en cuál versión, aún vivía con ellos; confirman ambos rumores que sus ataques eran constantes —nunca tan largos como el que es objeto de este relato— y que su mujer e hijos lo habían abandonado.

Nonato recordó momentos entrañables en esos sesenta minutos de vida que le quedaban, pues le había llegado, según él, la hora: la pelota rebotando contra la frágil madera de las escaleras en casa de su abuela; las prácticas de piano, y esto parece sugerido por el músico, que tendrían su máxima expresión en el órgano de una suntuosa iglesia; su labor como director cinematográfico, voz que corrió, probablemente, de aquella región de costumbres civilizadas; su montaña verdosa y su ciudad gris, sus padres vivos y muertos, su elegante figura y su desaliñada compostura.

No cabe duda que faltando pocos minutos para aquella posibilidad tan propia, su muerte, Nonato ya no

empezó a relatar la vida, sino a pensar en su término. Tantas cosas que dejó de hacer y tantas que no hizo por permitir que las trivialidades lo enojaran. Segundos antes del momento crucial, cuenta una de las versiones, Nonato descubrió con asombro que había estado hablándole a una pared inerte. La otra versión aclara que Nonato, afanado por aprovechar cada segundo de lo que quedaba de su vida, al encender la grabadora, percatándose de que funcionaba, olvidó mirarla de nuevo para revisar si aún la batería operaba cabalmente. En cualquiera de los dos casos, el hipo, tras semejante susto, desapareció.

Paisaje

Una mujer, digamos que en sus veintes, recorre cada día una transitada avenida en el ocaso de la tarde. Puede observar, desde el bus en el que se transporta, un mar que justo en ese momento del día deslumbra con matices plateados. Siente que la belleza que le ofrece aquel paisaje la reconforta después de una larga jornada laboral. Un día como cualquier otro, la joven repara en lo que parece ser un bosquejo, por así llamarlo, de algo que se construye en la arena. Con el pasar de los días, el proyecto artístico se manifiesta de manera sorprendente.

Aquella mujer percibe una visión de formas que asemejan las pequeñas y rústicas construcciones de una aldea, quizás como las que había en aquellos tiempos remotos en los que el ser humano ya construía a su antojo herramientas de piedra. No le extraña observar, entonces, justo antes de que el transporte público abandone la escena e ingrese en la abultada ciudad, lo que parecen ser terrazas dispuestas para la producción agrícola. Lo pri-

13

Siete por uno y otras falsificaciones

mero que piensa es que se trata de una muestra artística: castillos y ciudades de arena erigidos con técnicas modulares o esculpidas. La ciudad se traga la visión y la mujer, llamémosla Diana, abandona el creativo paisaje por ideas más terrenales.

Al otro día, Diana se enfrasca de tal manera en los oficios de su agobiante empleo que olvida por completo aquel elixir visual. Tanta debilidad de la memoria se debe, podemos suponer, a una cosa: de camino a su lugar de trabajo no reparó en la construcción de arena; no la vio o no quiso verla. Lo cierto es que ahora revisa numerosos archivos en un computador personal. Desperdicia su vida, piensa ella, guardando información, organizando documentos, redactando memorándums; gasta ocho horas, día tras día, aplicada con suma intensidad a una labor que solo le devuelve un cheque, mientras le amputa el alma poco a poco.

Antes de que caiga la tarde, Diana gana sin mucho esfuerzo un asiento en el bus. Agotada como está, piensa en la playa y en ese pequeño espacio de tiempo que posee para apreciar el proyecto artístico: la arena labrada y sus formas. En ese instante en el que el sol parece ahogarse en la profundidad del océano, Diana observa la construcción. Ya no es una aldea. Ahora hay un palacio

que ostenta toda la perfección que podría esperarse de la correcta aplicación de las leyes del arte y la técnica. A su alrededor hay un templo, una plaza pública, un teatro al aire libre y una cantidad considerable de casas que se comunican por calles estrechas.

Diana considera que tal contemplación artística, para ser parte de una muestra cultural, evoluciona a buen paso. La mujer se pregunta, en la soledad de su pequeña habitación, por el impresionante desarrollo de la construcción de arena. Le parece una visión confortante: un momento perfecto que de alguna manera modifica el deprimente estado de ánimo producido por su laboriosa ocupación. Puede dormir con sosiego y sin que se interrumpa su estado de reposo.

En su trayecto al trabajo, la mujer observa el espacio en el que se elabora el diseño de arena. La construcción ya no está allí. El resto del día, Diana piensa, sin dejar a un lado el empeño en sus actividades, en lo misterioso de aquella muestra artística. Estima que se construye rápidamente mientras ella le dedica tiempo a su oficio.

Esa tarde, y por tres días más, Diana es testigo de la eficacia evolutiva del diseño arenoso: edificaciones grandiosas con coliseos, anfiteatros, puentes, templos, calzadas, basílicas y algunas otras construcciones suntuosas

y con fines representativos; monasterios, abadías, catedrales, castillos, murallas, torres y ciertos edificios que parecen, según su entender, universidades, hospitales y ayuntamientos, aunque estos últimos no los distingue con facilidad; diseños preocupados por la perspectiva, visibles en plazas, cúpulas, palacios, capillas, fachadas, pórticos, tribunas, temples, ventanas, balcones y en cada estructura posible; fábricas, molinos, cervecerías, estaciones ferroviarias, barcos de vapor, carreteras, canales y cada vez más máquinas y, consecuentemente, más humo al servicio de una ciudad, piensa ella, urbana. Siente que semejante despliegue de velocidad evolutiva de esa arquitectura es estremecedor. Decide que es momento de conocer al artista.

Nada altera la rutina del día siguiente: no ve ninguna construcción en la mañana, la jornada laboral no abandona su inevitable rutina y el tiempo se rige, como de costumbre, por la arbitrariedad de sus propias reglas. La mujer alcanza un sitio en el bus de regreso. Momentos antes de que el vehículo alcance la playa que, a este punto, ya nos es familiar, Diana pulsa el timbre eléctrico. El conductor detiene el bus. La mujer baja del vehículo y, tras sortear algunos carros que transitan la avenida, pone un pie en la acera que la deja a pocos metros de

una nueva maravilla arenosa: rascacielos, puentes colgantes, estadios, museos, parques, carros, calles, semáforos, bicicletas, luces de neón, pantallas de televisión gigantes, plazas, ruido y, no menos increíble, peatones. Diana está atónita ante aquella sorpresa. La revelación es espantosa: pequeños seres humanos que, como transeúntes, habitan la increíble ciudad de arena.

Diana busca al artista. Es en vano. Ni siquiera los numerosos concurrentes de la zona se percatan de la magnífica obra de arte. Piensa que solo ella puede verla. Decide, claramente, acercarse a la ciudad de arena. Puede ver cómo estos pequeños seres viven una vida agitada, propia de una gran metrópoli. Se acerca un poco más y le habla a uno de los transeúntes. No recibe respuesta; solo sigue su camino. Debido a una reacción torpe, Diana golpea lo que debe ser la cúpula de un templo religioso, pero la estructura no sufre ningún daño. Comprende que puede moverse dentro de ella sin arruinarla. Lo hace. Se asombra del detalle y la vitalidad del lugar. Intenta hablar con algunos de los habitantes, pero ninguno la escucha. Detalla, con ese inagotable poder de presencia, cada lugar. La obra está allí, viva, aunque sin que se reconozca su creador y sin que sus habitantes se percaten de la presencia de Diana. Siente que el universo es el resultado de

la imaginación de un dios que es omnipresente, aunque,
como en su caso, impotente.

Hospital

Un buen número de seres humanos reconocen que el dinero, no el amor, mueve el mundo. La cifra no puede ser establecida; no es ingenuo pensar que supera en cantidad la postura de los románticos. Esta historia no intenta contradecir lo expuesto anteriormente. Un paciente que conocí en mi labor como enfermera jefe de un hospital convenció a sus detractores de lo razonable de su estadía, más allá del alta unánime. Después de numerosos intentos dadivosos, el paciente recurrió a una forma de persuasión que, según lo entendido, no tiene precio.

Su nombre era, en conformidad con los registros del hospital, Cayetano Santos, pero siempre se le conoció como don Plinio. Al principio, parecía un paciente regular y que, al menos en apariencia, no requería mayores cuidados. Ingresó al hospital por una supuesta intoxicación alcohólica, causada por un licor, según sus palabras, pirático. Lo cierto es que se trataba de una espíritosa borrachera, aunque como poseedor de una póliza de seguro hartó

19

Siete por uno y otras falsificaciones

costosa ingresó sin prejuicio alguno, incluyendo los cuidados necesarios para su pronta recuperación. Don Plinio era delgado, de rostro amarillento y cercano a los sesenta años. Un hombre, a simple vista, de esos que se comprenden como normales. Pasados tres días de su ingreso al hospital, la sensación de normalidad desvió el curso habitual.

Durante aquellos primeros días, don Plinio fue atendido sin dificultades. Era un hombre de una amabilidad excesiva; parecía encontrar la palabra precisa para que tanto enfermeras y doctores como aseadoras y vigilantes se sintieran complacidos tras un breve encuentro con él. Al cuarto día de hospitalización, una auxiliar de enfermería advirtió, mientras ejecutaba los cuidados que el paciente requería, un olor peculiar. No se apresuró a preguntarle a don Plinio, pues este la entretuvo con uno de sus artificios verbales. Tan pronto llegó al puesto de enfermería, me informó que en la habitación de don Plinio se concentraba un fuerte olor a tabaco. Siendo una entidad prestadora de salud, el consumo de tabaco estaba altamente restringido. Al no tener don Plinio más compañía que un aparato receptor de televisión, las sospechas cayeron sobre él. Ingresé a la habitación y le pregunté por el olor. Sonriente, como era su costumbre, respondió:

—Jefe, no sabe la vergüenza que siento. Me he sentido un poco ansioso y el cigarrillo me reconforta. Le aseguro que no volverá a pasar.

Salí de la habitación con la esperanza de que sus palabras fueran ciertas. Lo fueron. La alternativa que tomó, sin embargo, le concedió a don Plinio la victoria. Hay que aclarar que un hospital no es un centro carcelario ni de reclusión; la similitud de ambos vocablos contiene diferencias, aunque tiene en común el encierro. Don Plinio, por su forma de actuar, no se sentía encerrado. Tardamos un par de días en enterarnos que el paciente no había dejado su costumbre tabaquera. Era comprensible, pues la habitación no indicaba olor diferente a los acostumbrados detergentes, usados por los aseadores para garantizar el efluvio propio de un hospital. Se nos pasó por alto: don Plinio aprovechaba horarios adecuados para vestir un abrigo largo que escondía la bolsa plástica, contenedora del suero fisiológico. Así, daba la impresión de ser un simple visitante; salía y entraba sin reparos durante las horas de visita a fumarse su ansiado cigarrillo. Nadie se molestó en increparlo, ni siquiera le preguntamos. Se le asignó simplemente una habitación con balcón, mucho más grande que la anterior; su póliza de seguro, y esto es lo más importante para el negocio de la salud, podía costearla.

Superadas las salidas furtivas de don Plinio, nos enfocamos sin distracciones en la recuperación del paciente. Don Plinio, por su parte, se encargó de sumarle a su ya conocido efecto verbal un nuevo rasgo: resolvía las dificultades particulares del personal que lo atendía, sin distinción alguna en cuanto a sus oficios, con una efectividad ejemplar. Para el descontento de muchos, le informé a don Plinio, pasados siete días de su llegada al hospital, que a la mañana siguiente le darían de alta. No pareció alegrarse. Por el contrario, evitó pronunciar palabra alguna, algo extraño en él, me sonrió y se dirigió al balcón.

Esa tarde, justo antes de que finalizara la hora de visitas, un hombre aseñorado que cargaba un portafolios ingresó a la habitación de don Plinio. Era la primera visita que el paciente recibía; no tardó más de media hora. Recuerdo bien esa noche, pues mi desempeño debía ser nocturno, debido a la baja de un par de enfermeras: incapacidad y vacaciones. Ingresé a la habitación de don Plinio y le di sus medicinas. Antes de salir, me pidió que lo escuchara. Dijo que no deseaba irse, que su hora había llegado. Le dije que, por el contrario, le quedaban muchos años de vida, toda vez que sus exámenes habían resultado favorables. Me reveló entonces su mayor temor:

—No deseo que me entierren en la sección de los extraños solitarios del cementerio.

Me contó un poco de su vida. Era el dueño de una empresa minera. Esto le permitía vivir a su antojo, aunque en realidad sentía que había desperdiciado su tiempo en frivolidades. Razón por la cual se encontraba, según lo indicó, solo en el mundo. Lo escuché por un buen rato. Al cabo de unos minutos, don Plinio me pidió que lo dejara dormir.

No esperaba encontrar a don Plinio cuando llegué al trabajo la siguiente noche, pero aún se hallaba en la habitación. Los eventos sucesivos que permitieron su estadía distaban del proceder habitual. Numerosos especialistas que habían atendido a don Plinio recibieron, por parte de su abogado, cheques para extender la estadía del paciente en el hospital. Únicamente la psiquiatra de la institución alargó, tras posterior desembolso del cheque, la hospitalización de don Plinio, indicando que este debía permanecer un par de días más, debido a un cuadro de ansiedad que apenas había detectado. Nadie le creyó, pero su sello era respetado en el hospital. Un par de días, a mi entender, fue el tiempo necesario para que don Plinio construyera su acto final.

Esa noche don Plinio se veía apacible y, en cierta medida, alegre. Charlamos un rato mientras le aplicaba sus

medicinas: temas banales. Al otro día, nuevamente tras mi ausencia, el paciente recibió a su abogado, el hombre del portafolios. Esta vez, según me indicaron, la visita gastó buena parte de la mañana y el resto de la tarde.

Con todo listo para el alta médica, me despedí del paciente después de ejecutar los cuidados requeridos y escuchar un poco sus confesiones nocturnas. Sentí que se estaba despidiendo: manifestó su agradecimiento con todo el plantel del hospital y me pidió que extendiera su gratitud a todos los que lo habían asistido durante su estadía.

En un momento de la madrugada, el monitor que registraba los signos vitales del paciente alertó con un agudo y constante sonido su situación. Ya era demasiado tarde: don Plinio había sustituido la bolsa plástica del suero por una mezcla letal de sedantes del sistema nervioso que, como en el caso de los condenados a muerte, arruina la vida.

No sé si al final fue el amor o el dinero, pero un monumento esconde las cenizas de don Plinio. En una placa se observa su nombre oficial: Cayetano Santos. A la ceremonia asistimos todos los empleados que habíamos tenido contacto con él. Faltaron, es claro, los dueños del

hospital, no sin antes haber recibido una cuantiosa donación proveniente del paciente. Al final, don Plinio alargó su estadía: un hombre que no deseaba ser enterrado en la sección de los extraños solitarios de un cementerio, terminó en la sección más solitaria y extraña de un hospital.

El tabuche

Jamás olvidaré la noche en la que pescamos en el río casi seco. Nuestra obsesión por el animal era tal, que incluso cuando pescábamos de noche, nos bajábamos hasta el supuesto lugar en el que saltaba el tabuche y tratábamos de perseguir cada ruido con nuestras linternas.

26

Eran las cuatro de la mañana y estábamos los tres pescadores utilizando el chinchorro. Fabio, como de costumbre, oficiaba de piloto en la patilla; Roldán y yo nos tirábamos al río para realizar ese hermoso baile de la recolección de los peces.

Debía ser un ejercicio de exactitud y sutileza. El chinchorro es una especie de red que tiene balsos en la parte superior y plomo en la inferior. Puede llegar a medir unos cuatro o cinco metros de ancho. La forma como lo hacíamos consistía en que Roldán y yo lo agarrábamos y lo extendíamos por lo ancho, empuñándolo por la parte superior y parte de la inferior para ayudar a sumergirlo. Había que saltar de la canoa al mismo

†

tiempo. Ya en el agua, Roldán y yo nos íbamos acercando, caminando hacia la playita, ya que el agua no debía taparnos para poder hacer el recorrido y encontrarnos en el camino, uniendo las puntas y sacando los pescados que habían quedado enredados.

Las primeras tres veces que lo hicimos no sacamos ni un pez. Entonces nos cambiamos de sitio, cerca de una playita que se destacaba en la mitad del río. Nos tiramos haciendo el movimiento preciso y sacamos del agua casi diez pescados. Aprovechando el mismo lugar, nos fue bien como por otro buen rato.

Ya estaba por terminar nuestra jornada y el sol había empezado a alumbrar la oscuridad que antes nos contenía. De repente escuchamos un chapuzón que, según la intensidad del sonido del agua, parecía de un peso considerable en su inmensidad. Nos volteamos para alumbrar con nuestras linternas y, como respuesta a nuestra perseverante paciencia, vimos el salto del pez: la omnipotente presencia de un animal que se aireaba ante nuestros ojos. Todos lo vimos por ese fragmento de segundo. Sentimos las olas que dejó su caída y nos volteamos a mirarnos con una contenida sonrisa. Era real: el instante del tabuche marcaría nuestras vidas para siempre, nos daría la fortaleza para afrontar cada mañana y nos quitaría la ansiedad de saber de su existencia.

El concursante

Después de veinte años de constante participación en concursos literarios, he concluido que el éxito en tal empresa no depende ni de la suerte ni del talento. Mi amigo, José Cifuentes, conoce la fórmula para complacer a los jurados. Vive holgadamente de eso, pues es un mercenario de la letra escrita que no discrimina participación alguna. Bien puede tratarse de un concurso televisivo de un canal destinado a la naturaleza, que invita a describir las mejores vacaciones, o de una convocatoria de una prestigiosa universidad, Cifuentes se las arregla para enamorar al jurado. Basándose en la cantidad de triunfos, su porcentaje ganador supera el sesenta por ciento. Yo, por el contrario, he alcanzado el éxito en una sola y extraña ocasión.

Cifuentes no es un escritor deslumbrante, pero si algo tiene a su favor es la capacidad de cultivar cualquier género y, por así decirlo, reproducir cada estilo. Esto le ha permitido triunfar en categorías disímiles. Sobresale en

cada forma de escritura, pero no es posible identificar un estilo propio en él. No le interesa dejar huella, solo desea seguir viviendo de los premios que los numerosos concursos, literarios o no, le proveen.

Cifuentes asegura que a los jurados no les interesa ni la efectividad ni la brevedad del lenguaje. Nada que ver con las palabras del fallecido docente universitario de composición escrita. En uno de sus ensayos comentaba, con esa característica precisión de relojero, que la academia se identificaba con “el malabarismo verbal o con el crecimiento feraz de la fronda lingüística”. Cifuentes, que no conoció al docente, se ríe de ese postulado, pues, según sus palabras, entre más difícil de leer sea un texto, mayor posibilidad tiene de ganar un concurso. Astuto como es, el exitoso concursante sostiene que una lectura intrincada garantiza un gran número de interpretaciones. Y eso, sin duda, es señal de escritura excelsa.

El difunto docente también indica su preocupación por los lectores del tipo de literatura que mi amigo produce, y que tantos frutos ha recogido en los concursos en los que asiduamente participa. Para el profesor, “el soporte de esta literatura, por supuesto, es un lector seudoculto que mide los alcances literarios por su aparente dificultad (el número de las palabras, el tamaño de los párrafos, la

extensión de los volúmenes)”. Cifuentes considera que la anterior afirmación constituye una falta gravísima a los ojos del jurado. A menos que el concurso establezca un límite en la cantidad de palabras, la decisión más acertada es escribir un texto lo más abultado posible, pues garantizará la habilidad para construir tramas o argumentos complejos. Esto, según él, es visto por los jurados como un ejemplo de destreza narrativa.

Al tratarse de concursos convocados por editoriales de renombre, el prestigioso concursante tiene sus reservas, aunque muy bien fundadas. Argumenta que este tipo de convocatorias, debido a su aparatoso premio, suelen llamar la atención de cientos de escritores ingenuos. No saben los participantes que su obra no será tomada en cuenta ni mucho menos leída, toda vez que el ganador del concurso se conoce de antemano. Las editoriales suelen inventarse este tipo de certámenes fraudulentos y pomposos por muchas razones: levantar la carrera de un autor de cabecera que ha perdido peso considerable en las ventas, promocionar a un escritor recientemente vinculado a la exclusiva lista de la editorial, sacar del anonimato literario al hijo de un empresario o político del país. Sin importar el caso, Cifuentes no malgasta su tiempo en concurso alguno que no le favorezca.

Reconocida entonces la aguda naturaleza del concursante, es momento de relatar la interesante anécdota que ha motivado este relato. La universidad pública, lugar en el que había trabajado el ya respetuosamente evocado —y olímpicamente ignorado por Cifuentes— escritor y docente de composición escrita, convocó a un concurso de ensayo, justamente en su honor. Cifuentes, conocedor de los postulados que el homenajeadó defendía, decidió cambiar su estrategia. De esta manera, comentó que era preciso construir un texto escueto, simple y sin palabras rimbombantes. Consideraba que así tendría a favor a los jurados del nuevo concurso. Como buen practicante de cada estilo conocido en la literatura, Cifuentes redactó un texto que, a ciencia cierta, constituyó un ejemplo de calidad literaria. Nada en él estaba fuera de lugar; el lenguaje era una muestra viva de lo que el docente había esperado de su literatura y de sus alumnos. La composición ensayística del concursante era precisa, breve, personal. No menos importante, cada una de sus referencias estaba quirúrgicamente dispuesta y era amigable con el lector. Se trataba de su mejor escrito y tenía todas las posibilidades de obtener, más que merecido, el primer puesto.

El día de la entrega de premios, en el teatro de la universidad pública, Cifuentes lucía su mejor sonrisa, pues

había sido seleccionado por los jurados como uno de los finalistas. En el momento de la entrega del premio, Cifuentes sintió un cosquilleo estomacal, producto de la ansiedad. La sonrisa que antes lo enorgullecía se transformó en expresión de asombro al percatarse que era mi nombre, no el suyo, el que había resultado favorecido.

A decir verdad, mi ensayo se trató de un texto académicamente obsecuente, previsible, aunque escrito con un lenguaje codificado que, estoy seguro, habría generado el mayor de los reproches del difunto docente. De ser posible aventurar otra reacción, pienso que el admirado ensayista se sacudió, casi maquinalmente, en su tumba.

Recocha

El día del partido, Kennedy, Yerson y yo nos sentíamos al parecer mejor, evitando hablar de la apuesta. No les dijimos nada a Julián y a Francisco, para evitar que jugaran con presión. Era un domingo y la cancha estaba llena. Nosotros éramos los dueños del terreno: los partidos se iniciaban a las diez y el equipo que hubiera ganado el último partido del pasado domingo elegía el contrincante. Ese honor siempre nos perteneció.

Observé a nuestros oponentes: hacían parte de un campamento militar al margen de la ley. Pese a ello, cruzamos el terreno como si fuéramos los legítimos dueños, siendo centro de las miradas de los jugadores presentes. Me acerqué al grupo de militantes y pedí hablar con su líder en privado. Él se paró y me dio la mano. Recibí su apretón y lo invité a que me siguiera hasta el centro del campo. Cara a cara, le planteé mi abultada apuesta económica. Se sonrió, me miró a los ojos y me dijo:

33

†

Siete por uno y otras falsificaciones

—Acepto por una sola razón: estoy seguro de que tendrá que entregarme el dinero.

Le volví a estrechar la mano y caminé hacia mi grupo. Vi que el líder militar le habló a su equipo, juntando sus cabezas mientras se unían en un solo abrazo. Miré a mis compañeros a la cara y les expresé:

—Hagamos lo que sabemos hacer: ganar partidos.

Asumimos nuestras posiciones, puse el balón en la mitad de la cancha y le concedí a los oponentes el saque inicial. Tocaron hacia atrás y me quedé mirando la rapidez de Yerson para poner presión: perseguía la pelota de lado a lado, cambiaba de dirección sin perder el equilibrio, casi tocaba la pelota con la punta de su pie estirado.

Para mí, los primeros diez minutos fueron de una intensidad cargada de una violencia que no se tornaba agresiva, más bien con cierta camaradería, producto de la competencia que suele verse en los campos de batalla. Aprecié toques de balón que se veían interrumpidos por la sagaz anticipación de una figura bien ubicada; contragolpes que no generaban sorpresa, a causa de una extraña firmeza en la posición de los cuerpos; lanzamientos que perdían velocidad antes de llegar a las manos de los arqueros. Un buen partido: reñido, agresivo, equitativo. Tenía todos los ingredientes de un encuentro sentenciar-

do al empate o a la definición inesperada de un acto de maestría de esos que solo requieren un par de segundos para immortalizarse en el tiempo.

Se acabaron los primeros veinte minutos y nos sentamos en la tierra a airearnos, ya que el deseo de una hidratación necesaria había desaparecido de nuestras mentes hace ya mucho tiempo. Miré a Kennedy y noté su preocupación en el rostro. Ya antes habíamos acabado una mitad con el marcador en contra, pero parecíamos estar convencidos de que éramos invencibles.

El segundo tiempo se presentó como una representación de lo que llaman el toma y dame: estiramientos contorsionados de los arqueros para expulsar la pelota; tocatas de inexplicable perfección que rozaban los palos, como si estuvieran enemistadas con el fondo del arco; danzas que mostraban enorme dominio del balón para eludir a un contrario.

Un hermoso partido que solo podía concretarse con la manifestación de lo inevitable: una bella pared de dos jugadores contrarios, el balón frente al arco, la salida del portero y el eficaz puntapié que tenía como consecuencia la celebración del rival y el movimiento de nuestras cabezas apuntando al piso.

Siete por uno

El trato

No todos los días se escucha que una niña de quince años es violada y golpeada en un parque por siete hombres para luego ser abandonada a su propia suerte, creyéndola muerta, mientras se ahoga en su propio charco de sangre y lágrimas. Esa es la razón por la cual estoy sentada en la sala de una hermosa casa colonial, repleta de arte clásico y mobiliario al estilo anticuario.

36

Una mujer, un poco pasada en años, me ofrece algo de beber. Le digo que así estoy bien. Sucede que al esperar, sola, suelo intentar predecir lo que se me va a proponer. En estos casos, una bebida arruinaría ese momento de soledad, pues la sucesión de actos solo me desconcentraría: tomar el vaso, sostenerlo, llevarlo a la boca, sentir el licor alcohólico mojando mi lengua, quemando mi garganta, invitándome a continuar, como sana costumbre, con el vicio frecuente.

Sin embargo, esta vez lo tengo claro. No se trata de un ajuste de cuentas por una miserable suma que hace falta en la contabilidad semanal de un pequeño bar o de una

†

mujer despechada que encuentra a su esposo con otra saliendo de un motel barato del centro de la ciudad. No, el dolor es evidente en el ambiente. Algo me dice que aquí la justicia no se va a lograr con la cárcel y que el arrepentimiento no va a ser suficiente para alcanzar el perdón. Sangre, a chorros, es lo que tengo en la mente.

Un hombre soportado en su caminar por un elegante bastón de madera se acerca a la sala. Estoy a punto de pararme, pero él, con un movimiento manual, me lo impide. Pese a haber comprendido, el hombre me aclara:

—No es necesario que se levante, señorita. Lo que voy a decirle no es más extenso que aquello que se le informó por teléfono.

—Creo saber lo que usted quiere, señor Jiménez.

Es conveniente llamar a los clientes, especialmente cuando han superado la madurez, con tratamientos especiales que antepuestos al nombre elevan el rango social, al menos en apariencia, de quien recibe aquellos títulos. El señor Jiménez, sin embargo, parece no atender a tales requisitos.

—Llámemme Esteban. No hay necesidad de formalidades. En fin, el asunto es muy simple. Mi nieta está en el hospital recuperándose de ese trágico incidente. ¿Lo recuerda? La violación.

Su voz, al pronunciar aquella palabra profanadora, no revela ninguna emoción. Parece contenerse: sus palabras dicen solo aquello que emiten. En síntesis, tanta severidad discursiva esconde más de lo que transmite.

—Claro que lo recuerdo. Solo quisiera saber por qué me escogió a mí.

En un acto de evidente repetición femenina, me llevo la mano a mi cabello rubio. No significa nada: solo un reflejo.

—Primero, porque usted es mujer: supongo que debe sentir cierta simpatía por las condiciones en las que se encuentra mi nieta. Segundo, entre los matones que tuvimos en consideración, su nombre fue el que más gustó. Sus credenciales son bastante prometedoras y, además, se dice que sus trabajos son muy limpios, pero que no carecen de espectacularidad.

—Eso contesta mi pregunta. Por lo tanto, no veo por qué no.

—Respecto a sus honorarios, déjeme decirle que se sienta libre de gastar todo lo que quiera. Lo que sea necesario. Al final de su misión, por así llamarla, se le reconocerán todos sus gastos y recibirá diez mil *expresos* en efectivo. ¿Qué le parece?

—Bien. ¿Dónde está la niña?

—Aquí está la dirección del hospital y el número de la habitación.

Me entrega un papel y lo guardo en el bolso de mano, sintiendo la suavidad del cuero. Nuevamente, simples reflejos propios de una dama.

—Entonces, ¿cuándo empieza?

—Caballero, creo que ya empecé.

Una visita poco familiar

Es de vital importancia, para realizar mi trabajo, ver las condiciones en las que se encuentra la niña. Su aspecto puede ser un detonante de sensaciones que pueden causar en mí una simpatía capaz de borrar cualquier duda a la hora de matar a los responsables de esos atroces actos.

En el ascensor, presiono el botón que indica el piso quinto. Entran y salen pasajeros con múltiples rasgos faciales: dolor, consideración, desdicha u olvido. Sé que es mejor no sentir nada: sentir es el talón de Aquiles de este trabajo. ¿Acaso será mejor evitar ver a la niña? Hacer el trabajo, cobrar e irme para el hotel. Sin embargo, me convence el hecho de que es preciso tener una pista. En este momento estoy desubicada: no sé dónde empezar.

Solo busco un nombre que me lleve a otro nombre, una conexión, una analogía lingüística, una pieza que complete el rompecabezas. La niña, por lo pronto, es la única que sabe al respecto.

Toco la puerta de la habitación. Espero por un par de segundos hasta que sale una mujer de mediana edad: traje de diseñador y cabello peinado con esmero en un salón de belleza. Pregunto por la niña. La mujer me advierte que la paciente está un poco sedada por las medicinas, pero que aún puede hablar. No sé porqué se le ocurre llamarla así: no es una enfermera. Supongo que estos vocablos son contagiosos. Yo, por el contrario, prefiero evitar que se me califique con apelativos, pues lo único que hacen es confundir la naturaleza de mi trabajo.

Entro en la habitación: llena de flores, tarjetas y chocolates. En la cama de sábanas blancas se encuentra una niña vendada. Me quedo estupefacta cuando me mira por primera vez: sus relucientes ojos azules parecen inevitables al contacto visual. Nuestras miradas se chocan en un instante estático y perfecto. Sé, en este momento, que es poco lo que ella me puede decir. Aun así, siento en sus ojos la luz del reconocimiento. Creo que ella sabe quién soy. Debo admitir, no obstante, que pude haberla visto sana o demacrada y eso no hubiera cambiado nada. Si

bien pienso que puede ser de ayuda ver a una víctima, que justifique falsamente este trabajo, lo cierto es que siempre termino haciéndolo, motivada por la falsa tranquilidad, aunque tranquilidad al fin, que proporcionan unos *expresos* en el bolsillo.

—Hola, Jimena. ¿Está bien si te hago unas preguntas?

Se voltea hacia el televisor, pasa un par de canales. La habitación se llena de un silencio aterrador. De repente, unos llantos que tratan de ser contenidos interrumpen la ausencia de sonido. Por varios minutos, es la única sinfonía que se escucha alrededor. De pronto, una voz de angelical dulzura rompe el silencio:

—¿Cómo se llama usted?

No entiendo la relevancia de mi nombre, pero supongo que es una forma de crear familiaridad.

—Mi nombre es Sofía.

Es poco lo que se habla. Es nada lo que se habla acerca de los detalles de la violación. Trato de establecer un ambiente de confianza, algo que revele una sola frase, un nombre, un suspiro. La mayoría del tiempo se pasa en una especie de mezcla entre frases recortadas, cambio de canales y amagos de llanto que se pierden en las voces de un narrador de deportes en el canal local de noticias. Paso desapercibida. Es claro que no desea hablar conmigo.

Trato de romper el hielo:

—¿Qué hacías en ese parque?

Silencio.

—¿No quieres hablar? —pregunto.

Silencio.

Me siento en el sofá de las visitas y me ahogo en mis propios pensamientos. Es totalmente necesario que ella me diga algo. De lo contrario, no tendré nada para trabajar. Ni una pizca de esperanza. Eso, además, me obligaría a recurrir a métodos menos cómodos: incansables pesquisas en el lugar de los hechos; abrumadoras observaciones del sector para identificar las concurrentes almas que frecuentan la zona; innumerables amenazas que, de no producir efecto, se traducirían en torturas para nada limpias, causándome desazón y hastío. En fin, si me voy con las manos vacías de aquí, tendré que hacer lo necesario.

Me levanto del sofá y me despido de Jimena. Estoy por salir de la puerta y, de repente, ella me dice:

—A uno de ellos le decían el Mono.

Femme fatale

Mi nombre es Sofía. Como carne cuando todos quieren postre. No conozco límite a la hora de hacer sentir dolor. Duermo con el peligro y desayuno hombres. Cuando camino por la calle es imposible que no me miren: las mujeres me envidian, los hombres me desean. Soy la respuesta a cada pregunta que no se atreven a cuestionar. Mi cuerpo es un mar de sensaciones y pocos lo pueden tocar sin haberse envenenado por el tacto de mi piel. Me muevo por cualquier parte con una naturalidad envidiable. Puedo discutir filosofía y, de igual forma, reírme de la caricatura más infantil. Soy todo lo que se quiere en una mujer, pero soy la mujer que no pueden tener. Bailo sola, mambo y acostada. Más que el problema, soy la solución. Yo soy la puta y la santa: Sofía.

43

Buscando al Mono

No me sorprendí cuando escuché el nombre del Mono saliendo como un sonido sin aliento de la boca de la pequeña Jimena. El Mono es un personaje conocido en el bajo mundo: ha sido ladrón, vendedor de drogas, mafioso de

segunda y matón de tres *expresos*. Sin embargo, esa faceta de violador no se la conocía.

Es, entonces, solo cuestión de buscarlo para tener una pequeña charla con él. Hace por lo menos seis meses que no sabía nada del Mono. La última vez que lo vi fue en el aniversario de uno de mis clientes más especiales. Supuestamente, según me dijo, lo habían invitado porque era amigo de la familia. No le creí ni una palabra, como tampoco le creeré muchas de las que me ira a decir cuando por fin lo encuentre.

Tenemos un conocido en común. Su nombre es Román: una especie de tipo rudo, pero con una voz aguda que parece de soprano. Román trabaja en un bar de mala muerte, pero es solo una fachada. El ochenta por ciento del dinero que le entra es por la venta de anfetaminas, más conocidas en el mundo juvenil como éxtasis.

Entro en la taberna y miro alrededor: toda clase de borrachos mañaneros bebiendo licor de caña y fumando tabacos mojados en la punta por el inevitable contacto con la saliva. Estoy por saludar a Román, quien se encuentra de espaldas, cuando un hombre se atreve a darme una palmada en la nalga. Acto seguido, me volteo con una brusca elegancia, saco mi Desert Eagle .44, la pongo con suavidad sobre la cien del perturbador mientras le digo estas palabras:

—Elija mejor a quién molestar la próxima vez, es decir, en su otra vida.

Estoy por descargar todo mi arsenal sobre la cabeza de ese imprudente, pero siento una voz que me dice:

—Calma, mi querida, no tengo ganas de limpiar tu desorden.

—¡Qué gusto verte! —digo mientras guardo el arma—. Supongo que es bueno perdonar una vida después de todo.

Se trata de Román. Su aspecto no ha cambiado desde la última vez que lo vi. Y, como era de esperarse, su voz todavía conserva ese toque de feminidad que lo convierte en un hombre tan particular.

—Igualmente.

—¿Todavía estas en el negocio de las anfetanas? —Mi pregunta, en realidad, no pretende conocer esos pormenores. Es tan solo una más de esas estrategias, a manera de muletillas, que se repiten para parecer interesado en el tema o por lo menos comenzar una conversación.

—No, Sofi. Ahora está pegando la metanfetamina, además de la Ketamina, con lo difícil que es de conseguir. Entre otras variedades que los jóvenes consumen con mucha frecuencia.

No creo que se haya referido a mí como joven, pero me parece buena idea hacerle saber lo que pienso de sus substancias:

—Sabrás de sobra que yo no la voy con eso. Bastante tengo con levantarme en la mañana con ansiedad por un trago, para cagármela, angustiada por la falta de drogas.

Román reconoce que estas charlas no son lo que me caracteriza. Si deseara gastar mi tiempo en inoportunas conversaciones que no han de llegar muy lejos, me dedicaría al periodismo o algunas de esas profesiones que hacen del gasto de saliva su modo de vida. A mí eso no me interesa: prefiero las respuestas rápidas, sin anestesia, como un buen trago mañanero.

—No es tu estilo. Bueno, dejemos los rodeos. ¿Por qué estas acá?

Le pido, considerando que son la diez de la mañana, un trago de licor del norte para ir empezando el día.

—Pues bien, la verdad es que estoy buscando al Mono. ¿Recuerdas? El que una vez me dio la pista que me faltaba para poder encontrar a uno de esos que no querían ser encontrados.

Hace una pausa. Parece recordar algo gracioso. Se le viene a la memoria, quizás, la indeseable forma humana que caracteriza al Mono.

—Sí, lo recuerdo. ¿Qué con él?

—Digamos que la cagó, pero de pronto tiene manera de salvarse si juega limpio, con lo difícil que puede llegar a ser eso.

—¿Qué gano yo?

La pregunta, pese a ser innecesaria, pues se trata de negocios al margen de la ley, es aceptable en estos casos en que la amistad puede confundirse con abuso de confianza. Naturalmente, los *expresos* mantienen este mundo en constante rotación.

—Lo que todos quieren: dinero.

—Digamos, mi querida Sofi, que esa información tiene un costo de doscientos *expresos*.

—¡Por favor! Es solo una dirección. Tengo cien para vos.

Es un buen negociante. Se ha ganado un par de días de trabajo, sumado a cientos de apretones de manos para intercambiar billetes, papeletas debidamente dobladas, ampolletas contenedoras de medicamento para el uso animal, pastillas marcadas con el exclusivo relieve simbólico del fabricante de moda, bolsitas plásticas transparentes repletas de un polvo blanco o café. En síntesis, se ha ahorrado esas engorrosas transacciones o, como sospecho, ha aprovechado la oportunidad para hacerse de unos *expresos* extra.

—Los tomo. ¿Tienes dónde anotar?

Saco del bolso una agenda electrónica y recuerdo la época en que estas cosas se anotaban en libretitas de mano. Recibo los datos, los inscribo en el ordenador y le muestro a Román para que confirme visualmente la información. Pago, me despido y me voy.

La dirección da, como era de esperarse, en uno de los peores sitios del centro de la ciudad: hogar de travestis, prostitutas y toda clase de escorias de la sociedad. Creo que hay uno de esos en cada ciudad, pero esta tiene más de los que pueda contar un sacristán al enumerar manualmente los mandamientos de las religiones sagradas de Mundo Aparte.

No se trata de un apartamento, sino de una pieza de residencia. Pregunto en la recepción, por así llamarla, si el Mono se encuentra. Una mujer de cien kilos me dice que sí, que cuál es mi nombre para poderme anunciar. Llama por teléfono a la habitación y me pide que pase. Subo unas escaleras en forma de espiral que hacen juego con las paredes manchadas de humedad. Toco con mis nudillos en la habitación número veintisiete y espero. Una voz desde el fondo me indica que entre.

Abro la puerta y lo más asqueroso es el olor: una especie de vómito solo superado por el hedor a sudor y

autosatisfacción masculina. El Mono me mira como esperando a que yo diga algo. No puedo aguantar el asqueroso olor, así que le hago señas para que salga. Sale después de ponerse una bata color crema, manchada de quién sabe qué. Antes de que pretenda saludarme, le sentencio:

—Ya debería saber la razón por la cual estoy acá.

Pongámonos de acuerdo

Después de escuchar esas palabras, el Mono se sienta en una silla en el pasillo, al lado de las escaleras; se cubre la cara con las manos y acerca la cabeza a las rodillas. Se ve bastante preocupado. Es preciso aprovechar la perplejidad que lo acoge. No le doy tiempo de pensar, dándole un par de palmadas en el hombro para que me mire. Lo hace.

—Sofi, entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Señorita Macherano para usted.

Entre menos confianza le dé y lo haga sentir más perdido, más fácil lo tendré en mis manos. Así que le digo sin rodeos:

—Usted sabe que la jovencita que violaron está en el hospital recuperándose de sus abusos.

El Mono sube la cabeza y me mira con cierta angustia.

Sabe que si debiera asesinarlo, no me detendrían nimiedades como los testigos o la búsqueda de una huida fácil. Tipos como este jamás son recordados por nadie, mucho menos por los agentes de la ley, preocupados por cosas quizás no tan importantes como un cadáver, pero por lo menos no tan insignificantes como el que habita esta escoria humana.

—Sofi, entonces ¿me va a pegar?

—Si se refiere a estamparle un tiro, probablemente. Todo depende de su comportamiento. Y, por última vez, señorita Macherano.

—Señorita, claro. ¿En qué le puedo ayudar?

—Empecemos por nombrarme todos los que estuvieron involucrados en la violación. Trate de no omitir detalles.

—Pero, Sofi..., señorita Macha...

—Macherano, idiota.

Y le pego un coscorrón en la cabeza.

—Sí, claro, Macherano. Eso realmente no fue una violación. La niña esa no hizo más que coquetear con Roche, Joaquín y yo durante toda la noche.

No me imagino qué entiende el Mono por violación, pero lo que realmente me interesa es que los nombres empiezan a salir a flote. La cercanía de la muerte suele

despejar las dudas del más valiente de los mortales, especialmente si se trata de un cobarde como el Mono.

—Ah, Roche estaba ahí. Yo sabía que un día me las cobraba.

—Sí, señorita.

Hace una pausa para no pronunciar incorrectamente mi nombre. Le hago saber, como es debido, que no tengo paciencia para su estupidez ni mucho menos para escuchar de su boca tantas imprecisiones para nombrarme.

—Cuenta pues, insecto.

—No hay nada más qué contar. La niña nos excitó y luego se estaba corriendo del asunto. Había que darle una lección.

Los datos que revela el Mono son de una precariedad inconmensurable. Me preocupa que no comprenda lo cerca que está de expulsar el último aliento. Como lo explica el sentido común que acompaña a esta profesión, es conveniente recordarle que se trata de su vida:

—No, Mono, con esa información tan pobre no tengo más remedio que pintar las paredes con sus sesos.

Saco el arma y la apunto hacia su cabeza. Realmente no lo voy a matar, solo quiero que me diga lo que está guardando. Reconozco en la imbecilidad de sus gestos

que tiene algo interesante que contar. Algo que le pondría un poco de picante a esta misión.

—¡Bueno, bueno! —grita suplicando.

—Última oportunidad de decir algo que yo no sepa.

—Sí, sí, sí. Yo sé dónde están todos.

Es un buen dato, pero no es lo que tiene guardado. ¿Por qué lo guarda? No tengo idea. Puede tratarse de cierta lealtad que, incluso para un tipo como estos, le ayuda a dormir en la noche. Aunque, pensándolo bien, solo se deba a la incomprensión del momento que vive. Razón de más para recordárselo. Retiro el seguro del arma a medida que le indico:

—Yo puedo hacer eso sola. Así que chao. ¿Quisiera decir unas últimas palabras antes de escuchar el sonido de la inevitable muerte?

—Señorita. La violación no fue una coincidencia. Había alguien que estaba buscando venganza.

Lo miro a los ojos, guardo el arma y digo:

—Felicitaciones, ha prolongado su estadía en este mundo.

Roche es personal

El bueno del Mono ya comprende que lo tengo a mi merced. Sin embargo, no es cuestión de confiar mucho en él: una vez piltrafa, siempre piltrafa. Según me dijo, Roche está viajando constantemente del puerto a la ciudad. Al parecer tiene uno que otro negocio de exportación de servicios de farmacia ilegal: un inagotable impulsor de la economía local.

No es más que esperar: el plan ya lo tengo definido. El Mono dice que Roche se gasta sus comisiones de venta en una discoteca de lujo de la ciudad, esto es, entre rondas pagadas para la mesa de cualquier damisela con los labios pintados y bailarinas de paso que requieren de propinas que se ubican entre las tangas mojadas y la piel sudada. Es el tipo de lugar con el que se puede asociar a estos personajes: las drogas y el sexo se han hecho compañía por muy buen tiempo.

El sábado será el día. Le he dicho a mi buen servidor que la muerte va a ser sencilla: un pequeño sermón moral y un par de tiros en la cabeza. Nada muy complicado. Sin embargo, al Mono no se le dice todo: solo lo que su cabecita es capaz de comprender, lo que él quiere escuchar, lo necesario para que haga las cosas como se espera.

Al llegar el sábado, me pongo mi disfraz de pecadora y guardo en el bolso mis dos armas de rigor: Desert Eagle .44 y una pequeña navaja extranjera con numerosas funciones. Esa combinación me ha sacado de problemas en más de una ocasión: imposible salir sin ella.

El lugar donde ha de llevarse la ejecución es un bar de música variada, generalmente frecuentado por niñas con una elegante reputación que esconde lo sucio de su interior: como una fruta con superficie madura y carnes podridas. La clase de establecimiento en el que Roche, haciendo alarde de unos sudados *expresos*, puede disponer de una compañía femenina que no se le acercaría de ninguna otra manera.

El Mono ha quedado de acompañarme: no porque sirva para algo, sino porque su verdadera labor será revelada en el momento en el que él menos se la espere. Le he hecho creer que lo necesito para no sentirme sola en el lugar. Lo más simpático es que el idiota me cree.

Llega la hora de partir. El coche público nos espera a las afueras de mi hotel. Revelo que mi hogar es un hotel de lujo donde tengo un arreglo económico para pagar como si fuera un apartamento: tengo servicio en la habitación, televisión satelital y, sobre todo, solo puede pasar la persona que yo autorice. Además, me tratan como a una

reina, debido a que el dueño del hotel ha contado con mis eficientes servicios en más de una oportunidad.

En fin, el carro transportador espera pacientemente por mi llegada. Puedo verlo desde mi habitación en el piso decimotercero de mi hotel. Me encanta la vista, pero no estaré acá por mucho tiempo. Una compañía de construcción está vendiendo un proyecto inmobiliario que, con la promesa de dos torres a muy bajo precio, se encargará de obstruir mi vista.

El Mono debe estar esperando en el *lobby*, que es lo más cerca de mi habitación que se le tiene permitido: no quiero peles infectando la buena energía de mi hogar de turno. Con paciencia, espero la llegada del ascensor. Repaso en mi mente las posibilidades del crimen a suceder. En realidad, nada me preocupa demasiado. Mis pensamientos se dirigen a la rareza de no haber preguntado mucho acerca de la supuesta venganza que mantiene con vida al Mono. Sin embargo, todo a su debido tiempo, dando pasos de bebé.

El aparato me deposita en el *lobby*. No me alegra mucho ver la desagradable figura del Mono, pero qué más da. No me molesto ni en saludarlo. Lo miro a los ojos y, por su conveniencia, espero que me siga; así lo hace el pelmazo.

El portero me abre amablemente —o en señal de servidumbre— la puerta del carro. Lo hace justo antes de que el Mono (a quien de ahora en adelante llamaré asistente, aunque ese título no le hace demasiada justicia a su condición de servidor) entre conmigo. Cierro la puerta para que se siente adelante. No tengo que soportar su patética compañía. Mi asistente se sienta adelante y le hago señas para que indique nuestro destino. Lo hace.

Llegamos rápidamente a eso de las once de la noche. La fila es enorme. Sin embargo, reconozco en la puerta, ejerciendo labores de seguridad, a un conocido de mi época militar que guarda gratos recuerdos de mi apariencia. Lo saludo con un pequeño toque en la espalda. Pese a un movimiento exagerado de esos que enseñan en la milicia, me reconoce de inmediato:

—La bella Sofía.

—La misma, Martín.

Nos damos un beso en la mejilla. Acto seguido, me abre la puerta para que yo pase. El Mono está por seguir, pero es detenido por las fuertes manos de Martín. Me alegra que no se me asocie con semejante personaje, pero necesito su insoportable presencia.

—Tranquilo, Martín. Este va conmigo.

Lo dejan pasar.

Ya adentro, le doy al Mono unos billetes para que me deje sola y se vaya a la barra. Le hago saber que cuando vea mi señal debe dirigirse inmediatamente al callejón que está ubicado en la puerta trasera. Me siento sola en una mesa con dos sillas. El lugar ofrece el acostumbrado paisaje: oficinistas que aprovechan la noche para olvidar el trabajo de mierda que ejercen; parejas que, debido al largo tiempo que han estado juntas, aprovechan el ruido de la discoteca para evitar escuchar sus voces; mujeres que se pasean solas, buscando un solitario espécimen que pague lo que es debido por sus servicios.

Gasto el tiempo y el cliente no llega. Me la he pasado rechazando tragos de varios gigolós insensatos. Me dirijo, entonces, al baño, pero soy detenida por la presencia de Roche. Me mira de arriba a abajo, como quien quiere la cosa. Al no tener otra opción, le sonrío. Entro al baño y reviso mi arsenal: todo en orden.

Me siento en la mesa y de inmediato la predecible humanidad de Roche se acerca.

—Dichosos los o...

Lo interrumpo.

—Vamos al grano.

No se ve muy decidido a discutir conmigo. Es por eso que, para evitar mi disgusto, dice:

—Bueno.

—No estoy aquí para perder tiempo. Es más, te advierto que para nada eres de mi agrado. Aun así, me he enterado de que estás traficando drogas en el puerto. De antemano, como ya sabrás, ese no es mi negocio. Lo mío es encontrar lo que no quiere ser encontrado y eliminarlo con eficacia. Dicho eso, espero que podamos comprendernos como es debido.

—Sí, tu reputación es bastante conocida.

No le creo nada de lo que dice. Hace unos años, cuando era nueva en este negocio, seguí una pista que me dio a un precio demasiado elevado. Resultó ser una elaborada farsa. No lo maté en su momento, pues el caso que estaba resolviendo me entretuvo de tal manera que perdí el interés necesario para buscarlo y hacerle pagar por su insensatez.

—Adular no es necesario. Lo que realmente necesito es encontrar a un deudor que, al parecer, anda escondido en la zona porteña.

—¿De quién se trata?

Este es el momento clave, el anzuelo que Roche debe morder. No va a ser fácil, pues sabe bien que me debe una y puede pensar que todo es un acto fabricado para cobrármela.

—No quisiera hablar de eso acá. ¿Qué te parece si lo discutimos en mi lugar con un par de copas?

Siendo un enfermo sexual como creo que es, debería parecerle una gran oportunidad estar conmigo a solas. Pese a mis suposiciones, Roche aún no parece convencido.

—No sé, Sofía. Suena como raro.

—Está bien, te entiendo.

Hago una pausa y me tomo un trago del vaso de Roche. Lo miro a los ojos, pero él está bastante ocupado: observa a una de aquellas damas que, me imagino, son su blanco predilecto. Por tal razón es necesario acudir a las bondades que una buena chequera puede brindar:

—Hay dinero de por medio.

—¿Cuánto?

—Una cifra de tres ceros.

—Vamos, entonces.

Me paro y le subo las cejas a mi asistente, quien le habla con vehemencia al barman. Roche y yo salimos por la puerta trasera. Su inoportuna caballerosidad no me deja más opción que salir primero. Por suerte, el descuidado se voltea para cerrar la puerta. Aprovecho para darle un buen golpe en la nuca con mi arma de mano. No queda noqueado, pero se consiente la parte adolorida de rodillas en el pavimento. Disfruto verlo así.

—Eso te enseñará a no meterte con mujeres indefensas y, especialmente, a no confiar en las que saben defenderse.

El inepto retrasado de mi asistente no conoce límites. Al fin, antes de que Roche se recupere, el inútil llega. No permito que abra la boca; le entrego mi navaja y le digo:

—Acábelo.

—Pero, señorita....

—Macherano, retrasado. Pero nada, lo que va a suceder es que alguien muera, pero si no lo mata, tendrán que morir los dos.

Me mira anonadado y pregunta:

—¿Cómo lo mato?

—Sorpréndame.

Breve recuento de lo sucedido

Lo que pasó es que mi inútil asistente se debatió por demasiados minutos entre matar a Roche o no. Realmente me estaba fastidiando de una forma indescriptible. Estuve a punto de estamparle todo el cargador en la cabeza. Pero, suerte para él, se decidió a clavar el cuchillo en el estómago del malherido. Parecía que fuera la primera vez que mataba a alguien: lo hizo con tanta displicencia que por poco agota mi paciencia.

Lo bueno fue que disfruté la forma como Roche se retorció en el suelo, dando unas pataditas ridículas y emitiendo gemidos infantiles que me creaban una confusión entre reír o llorar. Yo me reí. Luego, pregunté:

—¿Cómo se siente morir, pedazo de porquería?

No respondió.

La sangre iba llenando los baches de la cera empedrada. Mi estúpido asistente se cogía la cabeza mientras decía que no había sido su intención, que yo lo había obligado. No sé si lo hacía para que Roche lo perdonara o para convencerse a sí mismo de que lo que había hecho no debía impedirle conciliar el sueño por la inevitable presencia del remordimiento.

Me cansé de los quejidos agonizantes, así que le dije a mi asistente de segunda categoría:

—Termínelo.

—No soy capaz.

—Es increíble que no le moleste violar a una niña, pero sí lo piense dos veces para matar a un infeliz como este.

—Pero...

—Pero nada.

Le clavé un tiro a Roche en la cabeza, no sin antes decirle que me mirara a los ojos para que reconociera la cara de su verdugo: la última imagen que vería en su vida.

Esto lo cuento porque me parece divertido mencionarlo. Lo que sigue, solo el tiempo lo dirá.

Preparativos de viaje

Según el Mono, a Joaquín hay que buscarlo en la capital: una verdadera mierda, pues odio viajar. También me disgusta manejar, pero bueno: uno tiene que hacer lo que tiene que hacer.

Por lo tanto, me pongo en la tarea de contactar al señor Jiménez. Le digo que necesito viáticos de viaje: dinero para mi hotel, la pensión de mi asistente y que es importante que me consiga un vehículo que no presente complicaciones a la hora de atravesar la cordillera. Me dice que no hay problema, que lo que yo necesite. Está bastante contento porque ya cayó uno. Uno menos y, si el Mono no la caga, serán solo cinco más.

Los preparativos de viaje, en mi caso, no carecen de simpleza. En el caso del Mono, estoy segura que ni siquiera contempla palabras en su vocabulario tan complejas como “preparativo”, es decir, llevará cualquier cosa que tenga bajo el brazo en el momento de salir. Así que lleno una maleta de ropa y artículos personales. Me encargo de ha-

blar con el dueño del hotel para que se asegure de que todo siga en orden, a raíz de mi ausencia, con mi habitación.

En la bahía del hotel me espera una camioneta que para nada se me antoja de mi agrado: aborrezco los carros familiares y ese gasta demasiada gasolina. Odio tener que manejar, ya lo dije, pero por ninguna razón permitiría que mi asistente lo hiciera. Estoy segura de que terminaría metiéndonos en problemas de alguna forma o, para colmo, de la otra. No hay remedio, sea como sea, hay que viajar a buscar al tal Joaquín.

El Mono, cosa que no me sorprende, lleva una maleta de mano que no contiene ni una muda siquiera. Estoy segura de que no lleva ni cepillo de dientes.

A eso de las tres de la tarde salimos de la ciudad camino a la capital. Tengo el presentimiento de que me divertiré. No está de más decir que el tiempo de viaje, sin paradas, equivale a doce horas. Voy a manejar hasta que me pesen los ojos y, luego, manejaré un poco más.

Las cosas que hay que hacer para obtener respeto

Al dejar la ciudad no hay otra opción que subir por carreteras llenas de curvas y pavimento desgasta-

do, que se suman a los amenazantes derrumbes, por un lado, y el abismal despeñadero, por el otro. No han pasado veinte minutos y mi asistente ya está babeando la ventanilla del vehículo con su cabezota apoyada en el vidrio. Nunca me sorprenderá su falta de tacto: es el ejemplo de todo lo repugnante, equívoco, inestable, degradante y aterrador de este mundo. Aun así, hay que aguantarlo mientras me sea útil.

Manejar se me antoja una especie de tortura mecánica. La música que me acompaña es una suerte de sinfonía orquestada interpretada por una banda que no tiene nombre. No puedo evitar pensar en cualquier cosa. Por ejemplo, en este momento me da por reflexionar sobre los apellidos de los pobladores nativos que habían sido registrados por servidores públicos sin escrúpulos, nombrándolos a los ojos del estado con descarados nombres legales: Arrancamuelas, Cosita Rica, Teléfono, Popó, Bolsillo, Cabeza, Raspahierro, entre otras barbaridades, resultado de la ignorancia lingüística de esas gentes. El hecho de que alguna vez hubieran sido los dueños de estas tierras es ahora una simple anécdota.

El clima varía según el nivel del mar; el paisaje cambia de páramos a ciénagas en un par de horas. A mitad de camino, el sol empieza a caer. Mi asistente no ha cambiado

de posición en todo este tiempo: si está muerto, por ahora, no lo sabremos.

La música de fondo es estridente, pero las letras son jocosas. Fue un regalo de una amiga que vino del continente ancestral a introducir nueva música. La clase de sonido que solo puede venir de lugares en los que las preocupaciones son el tipo de vino que acompaña a la carne roja. Preocupaciones que, en realidad, se buscan en estos parajes para no tener que preocuparse con las barbaridades que el noticiero del mediodía ofrece con ahínco.

No voy a parar por nada del mundo. La planicie que recorro me permite pisar el acelerador sin cohibiciones. De repente, para mal de la humanidad, el Mono se despierta.

—Señorita Machano.

Ya no me molesto ni en corregirlo.

—¿Qué?

—Está haciendo como hambrecita.

No sé si sea necesario aclarar que su modo verbal de expresarse hace perfecto juego con su desagradable humanidad.

—¿Y?

—Aguanta como parar.

—No veo la necesidad.

Insiste.

—Por fa...

—Usted está algo pasado de kilos. Le vendría bien dejar que su cuerpo se alimente de esa grasa extra.

—¿Usted no tiene hambre?

—No, yo comí, hace como una hora, un sándwich que me prepararon en el hotel.

Me encanta jugar con él.

—Pero, señorita. Estoy hambreado.

—Cuéntele a alguien que le importe.

Se queda callado mirando el paisaje con una resignación alarmante. Le digo:

—Bueno, nenito. Voy a conseguirle el tetero. Además, necesito un trago.

Pudo haberse tratado de un juego de palabras, pues los viejos alcohólicos se refieren a la bebida como si se tratase de un biberón que les concilia el sueño. Encontramos, después de unos veinte kilómetros, la entrada a un pueblito de esos que no aparecen en los mapas. Yo no tengo hambre, así que paro en el primer restaurante decadente que encuentro.

El Mono se come una bandeja con carne de cerdo. Si de casualidad yo fuera del este, me hubiera indignado, pero disfruto demasiado al verlo comer cerdo. Un animal tan inmundo solo puede ser devorado por un ser de

características similares. No hace falta describir la forma como come: es una especie de desesperación insoportable para cualquier mente humana.

Pago por lo que vi y me dirijo a buscar un sitio para tomar licor del norte. Después de preguntar en numerosas cantinas por dicho trago, me empiezo a rendir. Para mi sorpresa, el inútil asistente no tira la toalla. Al contrario, se aventura a preguntar en el sitio menos esperado. Su sonrisa, al salir del lugar, es bastante concluyente. Merece una galletita de premio, pero nadie se la va a dar.

Entramos al lugar y pido un trago doble del licor norteño. El Mono pide, obviamente, licor de caña. Me tomo el trago de un sorbo y pido el otro. El sitio es una foto que hubiera ganado el premio al lugar más triste del mundo. Música de despecho y mesas repletas de despreciables campesinos conformes con su realidad. El Mono pretende conversar conmigo. Lo detengo:

—No se moleste en hacerme compañía. Su voz ahoga el sonido de mis pensamientos.

A pesar de todo, el asistente sabe obedecer.

Tomamos nuestros tragos en silencio. De repente, el Mono se para de la mesa y empieza a socializar con algunos locales. Agitan eufóricamente las manos a medida

que dejan entrever sus desdentadas comisuras labiales. Al cabo de un rato, vuelve sonriendo.

—Señorita Macha...

Es un caso perdido, así que le digo:

—De ahora en adelante, llámeme solo señorita.

—Esos buenos parroquianos quieren invitarla a un trago.

—Dícales que así estoy bien.

Lo hace. La mayoría de las veces, pese a algunos comportamientos insoportables, es muy obediente. Se sienta conmigo, callado, hasta que uno de los tales parroquianos se acerca a mí.

—Madrecita, nos honraría que recibiera un trago de cortesía.

No pienso aceptar un trago de esta gente, especialmente después de usar semejante apelativo.

—Le agradezco, pero yo puedo pagarme mis tragos.

—¿Es que nuestra plata no vale?

—La verdad, poco me importa.

—Pero qué vieja tan grosera.

Y, en un acto extrañísimo, mi asistente sale en mi defensa:

—No le hable así a la señorita...

—Gracias, Mono, pero no necesito defensor.

Entonces, el hombre agarra por la camisa a mi asistente, preparando el puño. Ni siquiera ha iniciado el movimiento y yo ya le he puesto mi arma en la cabeza. Así, sin protocolos, aprieto el gatillo, me volteo y, antes de que el cuerpo toque el suelo, lleno la mesa de billetes. Al salir, con mi servidor adelante, me despido:

—He dejado un poco de dinero extra por las molestias que pude haber ocasionado.

El ruido de la capital

El resto del viaje no presentó complicación alguna: yo escuchando música mientras trataba de no quedarme dormida frente al volante; el Mono respirando de forma entrecortada a la par que baboseaba la tapicería de cuero de la camioneta familiar. No es que necesitara su respaldo, pero no es poca cosa ver un asomo de interés frente a algo en un tipo tan cobarde como él. Yo sé que no es por mí, pero se le notó que apreciaba el hecho de permanecer vivo.

Lo que más me gusta de llegar por carretera a la capital es atravesar el inmenso puente que une los dos pedazos de tierra separados por ese río de inmensas proporciones.

La ciudad brilla por su humedad: un calor que se ve interrumpido por excesivos baños de agua que levantan un vapor imposible de ignorar. Por lo tanto, el sitio para alojarse debe tener, como primer requisito, aire acondicionado. Esta vez, por ser un buen niño, voy a permitir que mi asistente se aloje en el mismo hotel. Pero en una habitación que para nada se asemeje a la mía. No vaya a creer ahora que se ha ganado privilegios.

El Mono, ya era hora, despierta con una mirada perdida. Se da cuenta, eso espero, de que hemos llegado a nuestro destino. Saco de la guantera la guía turística de la ciudad. El mejor hotel, según el panfleto, se llama La Tierra del Preste Juan. Vaya nombre, repleto de sutilezas intelectuales. Creo que fue Germán, aquel que amé alguna vez, el que me contó estas historias. Al parecer, uno de esos autores que solo les interesa a los intelectuales o, lo que es lo mismo, a los desocupados, mencionaba un lugar llamado así: repleto de seres mitológicos probablemente producidos por mentes bajo el efecto de alguna infusión.

No me cuesta demasiado llegar al hotel. Al bajarnos, mi asistente me pregunta por su lugar de reposo. Es imperativo aprovechar la inagotable caja de sonrisas que produce todo aquello relacionado al Mono, incluyendo,

claro está, su falta de carácter y su aceptación a cualquier cosa que se le diga.

—¿No habíamos quedado que iba a dormir en el carro?

Su actitud sumisa no le permite hacer reclamos. Lo tranquilizo:

—No se preocupe. He calculado todo el viaje: le voy a buscar la peor habitación de este hotel.

Creo que para él la peor podría ser la mejor en la que alguna vez se alojaría. Esto es, si alguna vez vuelve a tener ese gusto. Se agota su tiempo. De alargarse, espero para su suerte que mi paciencia también.

Al llegar a la recepción, pregunto por la *suite*: vocablo extranjero propio de estos alojamientos. Me dicen que ya está ocupada.

—¿Cuál es la que le sigue en importancia?

—La *suite Hypatia*.

Los nombres concuerdan con la historia contada por Germán. Parece un hotel temático.

—La tomo.

El hombre de la recepción mira confundido al Mono. No es raro que pregunte con algo de incredulidad.

—¿Viene con su esposo?

Y señala con el dedo a mi asistente.

—No, para nada. ¿Qué tienes medianamente decente para él? Sin que sea muy costoso, claro está.

—Tengo habitaciones sencillas en el piso de los *Esciá-podos*.

—Perfecto. Para un hombre despreciable, una criatura mitológica despreciable.

Ya siento que estoy radiante por volver

Olvidada, para mi suerte, la capital. Mi ciudad natal se me antoja más especial de lo que alguna vez había pensado: el clima es perfecto, no hay forma de quejarse del sol infernal o de la imparable lluvia; los árboles se ven más verdes de lo que hubiera podido imaginar; la comida típica, probada en incontables ocasiones, sabe mejor que la primera vez; lo sucio, lo feo, lo indeseable, ya no es notorio a mi vista. Hay quienes ven la flor crecer en medio de la mierda, yo no encuentro la mierda en medio de tantas flores.

Es obvio que esta sensación no es producto de una coincidencia. Lo que pasó en la capital he decidido omitirlo hasta el momento en que me sienta lista para contarlo. Solo puedo revelar que de los seis (o cinco) que faltaban, ya solo quedan tres. No me atrevería a enunciar que los

dos que murieron recibieron su merecido de una forma planeada. No, de ninguna manera; todo lo sucedido se presentó sin avisar. En honor a la verdad, todo pareció una cuestión de suerte: yo no creo en la suerte, pero la suerte en esos días creyó en mí.

Positivo o negativo: creo que esos términos no aplican. Lo único que sé es que, en ocasiones, las cosas se resuelven de una forma inesperada. En conclusión, dejé la capital con un buen saldo de muertes, un sabor amargo en la boca y la sensación de que lo que pudiera pasar superaba mis propias expectativas.

73

Llamemos las cosas por su nombre

No estoy en la casa del señor Jiménez por motivos que no valgan la pena. Es imperativo que hable con él. Tengo demasiadas dudas en la cabeza, tantos cabos por atar. Confieso que me siento un poco indefensa, aunque —no podría ser de otra forma— no debe notarse.

La espera en la sala de esta casa que hoy me parece tan extraña no es para nada agradable. Sin embargo, me tratan con demasiada cortesía, pese a que cuando llamé no pude hablar con el señor Jiménez. Es más, me costó demasiado

convencer a la persona que hablaba al otro lado de la línea de la importancia de mi llamado. Me dijo que viniera, pero que no me prometía que el señor me atendiera. Tan extraño, el señor Jiménez siempre había sido bastante complaciente.

Ya he rechazado a estas alturas incontables ofertas de café. El tiempo pasa como si quisiera hacerme sentir que sus latidos fueran cuchilladas con la intención de producir dolor. El tiempo no es amigo de la larga espera, como tampoco lo es en los momentos de afán. Nada paradójico, solo necesidades temporales.

La mujer, un poco pasada de años, me dice que el patrón, que para mí es solo un cliente, me espera en su estudio. Bueno, esto es nuevo. La empleada de Jiménez me conduce por un pasillo repleto de puertas que termina en un muro, dando la impresión de ser el final del viaje. Pero, al mirar a mi derecha, noto una escalera de madera que pareciera no pertenecer a ese lugar: el tipo de efecto laberíntico tan común en estas construcciones. La señora me pide que suba. Al llegar al final del ascenso, encuentro una puerta con una manija de color dorado. Toco la madera antes de abrirla. Una voz distorsionada me indica que pase. Lo hago.

Al entrar, el lugar se muestra más grande de lo que yo hubiera pensado. De nuevo, efectos visuales inexplic-

cables. Lo primero que noto es una puerta de madera al lado izquierdo de la habitación. Supongo que hay otra forma de entrar, a menos que sea un simple armario. Al fondo del cuarto hay un escritorio de madera laboriosamente barnizada. Sobre el escritorio hay toda clase de papelería ordenada con esmero, dando la impresión de haber sido puesta con una suerte de precaución que, más que necesaria, parece obsesiva. En el lado derecho hay un anaquel repleto de libros que a simple vista parecen ser ediciones de valor histórico. Es extraño que la habitación no tenga ningún cuadro, pero a estas alturas nada debería asombrarme. Una silla de cuero se muestra de espaldas, revelando el posible torso del señor Jiménez. Justo al otro extremo del escritorio hay una silla posiblemente destinada para un visitante: debo ser yo.

La silla, al girar, parece desafiar las leyes del movimiento: lenta, detenida, imprimiendo cierto misterio al momento. Toda esta sensación, claramente en mi cabeza, se ve en el más común de los lugares, pero es diferente, me siento diferente. El giro revela la figura del señor Jiménez: nunca tuve la capacidad de describirlo, pero, aun sin tenerla, creo que nunca había sentido en una persona tanta presencia de seguridad capaz de asustar al más confiado de los mortales, incluyéndome. Me mira sin

mostrar ninguna clase de expresión facial. No es mi estilo, pero esquivo la mirada. Su voz, que suena calmada, aunque autoritaria, entona estas palabras:

—Espero que su insistencia esté justificada.

El terror se apodera de mí, siento que toda mi fuerza, seguridad, frialdad, no es más que una mentira, un engaño: una historia que se le cuenta a los niños para que no hagan travesuras; un mito que es agradable relatar, pero que carece de veracidad; una palabra que solo tiene poder al ser pronunciada, ya que su forma visual no produce ningún efecto terrorífico. No soy única, ni modo, soy el mismo pedazo de carne y hueso que el resto de los demás.

No sé si el señor Jiménez ha notado mi flaqueza. No importa, es solo cuestión de fingir. Además, él no es diferente de mí. Entonces, siguiendo el juego de los enunciados que producen terror, me atrevo a decir esa cosa que pretendía guardar hasta el final:

—¿Quién es don Mario de la Vega?

Creo que todo es cuestión de tener un as bajo la manga. La cara de sorpresa que refleja el rostro del señor Jiménez me devuelve totalmente la tranquilidad. La pelota está en mi cancha.

—Nunca he escuchado ese nombre.

Si algo he aprendido en este oficio es a detectar una

mentira. Algunos bajan la cabeza, otros desvían la mirada para buscar salidas en el hemisferio cerebral destinado a la creatividad. Los buenos mentirosos miran fijamente a los ojos, pero algunos, como en este caso, sostienen la mirada con tanta rigidez que, a decir verdad, hace demasiado notable la falsedad. El señor Jiménez se vio así.

Para respuestas inestables, enunciados que produzcan más inestabilidad:

—En ese caso, señor Jiménez, debo comunicarle mi deseo de abandonar la misión. No es necesario que me pague, ya que no cumplí con mi tarea.

Me paro de la silla, no sin antes mirar intensamente los ojos negros del señor Jiménez. Antes de voltearme, comento con una fastidiosa tranquilidad:

—Qué triste que los hijos tengan que pagar por los pecados de los padres.

El señor Jiménez voltea un poco la cabeza hacia su lado izquierdo, y sopla aire de sus pulmones con la resignación del que siente la obligación de tener que contar algo que hubiera preferido no contar.

Anticipo su posible sagacidad verbal y, sin haber sentido antes que saberse poca cosa siempre puede ser disfrazado con una aparente imagen de seguridad, como sentir que nadie te puede tocar, digo:

—Antes de contarle cómo me enteré de ese nombre, necesito escuchar de su boca la conexión que existe entre usted y el hombre que le mencioné.

De lo que no se ve a simple vista

Uno de los mayores problemas en este trabajo es alejarse de las intenciones ocultas de los clientes. Lo primero que se escucha son las razones que esgrimen para que uno haga el trabajo. Pocas veces se saben los motivos ocultos que acompañan estas razones, y son, a decir verdad, muchas: venganza, silencio, dar ejemplo, incluso fastidio irracional. Enseñan los más viejos del negocio que uno solo tiene que cumplir su trabajo; sin embargo, todo crimen tiene una pasión y un motivo.

El señor Jiménez, armándose de valor, reclama tranquilidad para comenzar el relato de mi interés:

—Señorita Macherano, ¿me permite llamarla Sofía? Me sentiría en un ambiente de confianza.

No voy a impedirselo. Además, a diferencia de otros, no pronuncia mi nombre como exclamando un trabalenguas.

—Adelante.

—Al señor De la Vega lo conocí hace tanto tiempo que me atrevería a decir que usted no había nacido. Antes de

que yo consiguiera dinero, debo decirle, no era más que un pobre campesino buscando suerte en esta ciudad. Al principio, no conocía a nadie. Por lo tanto, me tocó trabajar en cualquier cosa que me ofrecieran: desde levantar bultos hasta mesero. Pero ahorraba cualquier cosa que ganaba. ¿Conoce la importancia de guardar cierta parte de lo que se gana?

—El ahorro es una disciplina que no he logrado perfeccionar.

Me mira fijamente. Luego, como si yo fuera un caso perdido, me amonesta:

—Mala cosa. No sabe lo útil que puede llegar a ser. No seré yo quien la aconseje acerca de estas cosas. Bueno, para hacer corta una larga historia: la fortuna que tengo la fui acumulando a base de ahorro, trabajo duro y buenas inversiones.

—¿Qué tiene que ver en esto el señor De la Vega?

—Paciencia, Sofía, paciencia. No sobra decir que mi fortuna no la conseguí solo. A mis veintidós conocí al señor De la Vega. Me superaba la edad por dos años, pero su comportamiento y seguridad no reflejaban de ninguna forma esos años. Yo había invertido mi dinero en una especie de granero que, en esa época, era tan eficiente como los grandes supermercados de hoy en día. El expendio de

viveres generaba espléndidas ganancias. No era rico, pero me podía dar el lujo de vivir con lo necesario y ahorrar otra parte, esperando que, cuando llegara el momento, pudiera invertir de manera inteligente.

“Un día de aquellos, a mediados de enero, un joven vestido de traje y sombrero, bastante elegante para cualquier época, se acercó al mostrador y preguntó por el dueño del lugar. Yo le dije que con él hablaba y pregunté, bastante intrigado por su apariencia, por lo que se le ofrecía.

—Qué pena interrumpir, pero ¿por qué no nos limitamos a los detalles? La verdad, no tengo mucho tiempo —digo con la doble intención de acortar la historia y sentir ese poder que se manifiesta al pretender que las cosas se hagan a mi modo. Su respuesta me mostró un poco lo burlona que suele ser la realidad:

—Señorita, no es mi intención aburrirla con detalles sin importancia. A decir verdad, no se sienta sin la libertad de marcharse. No deseo retenerla con mi charla aburrida.

—Tiene razón, señor Jiménez, no quise sonar prepotente. Pero hasta el más ingenuo del mundo hubiera notado que así fue.

—Retomando el relato, señorita, lo que el señor De la Vega propuso aquel día no tenía nada que pudiera generar desconfianza, como suele pasar entre los negociantes,

o alguna pizca de infundado entusiasmo, generado por la llegada de un negocio que no se puede dejar pasar. No, el asunto llamó mi atención, básicamente, porque no era para nada insensato: ni por estúpido o por irrealizable.

"El asunto, sencillamente, no era más que una propuesta para que uniéramos capitales con la tarea de comprar casas a bajo precio, arreglarlas y venderlas más caras. Por sencillo que pueda sonar, funcionó.

"Por un largo tiempo vivimos en grande de eso. Es increíble lo que la gente está dispuesta a pagar por algo que se vea bien a simple vista. Una casa con un pequeño terreno, encontrada en un estado deplorable, no valía nada. Le invertíamos cierto capital, nada despreciable, conscientes de que lo íbamos a multiplicar de una forma asombrosa y, estando en lo cierto, la gente pagaba demasiado por la ilusión de que podían mostrarlo como a una novia bonita que, sin importar lo podrida que estuviera por dentro, se podía exhibir en las fiestas como accesorio de lujo. Quizás exagero un poco. En realidad, el trabajo que hacíamos era intachable. No creo poder decir lo mismo de una novia bonita.

"Pero las cosas tienden a cambiar con el tiempo y esta no sería la excepción. El negocio de los bienes raíces y la restauración de inmuebles se empezó a popularizar de

una forma infame: usureros, decoradores con credenciales universitarias, señoras impulsadas a aumentar el valor de sus bienes. Una mezcla de principiantes, estafadores y colegiales pretenciosos. No en vano, un día el señor De la Vega me reveló su preocupación por nuestro futuro. La verdad, habían sido muchos años de frutos generosos. Mis ahorros me habían permitido invertir en otros negocios: numerosas casas que generaban renta debido a su alquiler; un par de supermercados que, habiendo iniciado como pequeños graneros, fueron creciendo hasta convertirse en minimercados (para utilizar los términos de estos tiempos); fincas ganaderas que producían leche y carne, bienes que se vendían en las ferias ganaderas (debo decir que disfrutaba demasiado de estos negocios). En fin, plata no me faltaba, así que le dije al señor De la Vega que a mí no me importaba, que bien podría dejarlo. Así lo hice. Por su parte, De la Vega, quien no había invertido tanto como había gastado, me confesó que tenía otra idea.

“Eran mediados de los setenta y nadie era ajeno a la facilidad que consistía traficar droga. Cuando me lo dijo, le expresé mi profundo desacuerdo.

—Usted verá, mi querido socio. Por mi parte, prefiero seguir los cambios del tiempo.

No le dije nada, solo le pedí que no me buscara de nuevo. Lo despedí con un fuerte y sincero apretón de manos.

"No supe de él por lo menos en un periodo de cinco años. Pensé poco en él: no era irracional creer que si alguien podría tener éxito, ese era De la Vega.

"Yo ya había construido un árbol familiar bastante numeroso: hijos, hijas, nietos, nietas. Vivía tranquilo en una finca de la región llanera, a solo una hora de aquí. Mis parientes me visitaban los fines de semana: charlaba con mis hijos y escuchaba sus progresos mientras los niños iluminaban el lugar con esa luz que solo puede venir de la alegría infantil, repleta de tanta locura como libertad.

"Me llegó por esos días una carta bastante particular. Al observar el sobre, aun sin haber leído el nombre del remitente, sentí angustia por la posibilidad de malas noticias. Al ver el nombre del señor De la Vega, mis preocupaciones aumentaron. Jamás olvidaré la brevedad del mensaje; lo tengo inscrito en mi memoria. La carta decía:

‘Querido José: no lo había enterado de mis nuevas por respeto a su deseo de no saber de mí. Sin embargo, es mi deber notificarle que en pocos días contraeré matrimonio con una mujer muy especial. Mujer que no es ajena a ninguno de los dos. Se trata de su hija Julieta, la tercera. No espero sus bendiciones, solo me interesa que lo sepa’.

"Así no más, sin fechas, sin indicaciones. No pude aceptarlo. Julieta no era, por así decirlo, la más centrada de mis hijas. Siempre hizo lo que le dio la gana. En parte por mi culpa: nunca le faltó nada y si quería algo solo debía pedirlo. No es nada personal, señorita Macherano, pero se trata del tipo de flaquezas que solo un padre podría comprender.

"Mi tiempo, dinero y esfuerzo lo destiné en la obsesión de encontrarla donde fuera. Para empezar, la carta no remitía dirección alguna. Por suerte, contacté un leal servidor que laboraba en la oficina postal. Le pedí que averiguara de alguna forma la procedencia del mensaje. Al parecer, las cartas tienen unos códigos sellados con tinta. Esto no es para nada gratuito: los números pueden verificar la procedencia de cualquier envío. Pasados unos días, mi colaborador me dijo que la carta había sido enviada desde un pueblo costero a media hora de la capital. Me advirtió, para mi desgracia, que eso no aseguraba de ninguna forma que la persona viviera por esos lados. Conociendo a mi antiguo socio, me atrevo a asegurar que eso ya lo había meditado.

"Pasaban los días y mis esperanzas se esfumaban. Si él no quería ser encontrado, estaba haciendo un gran trabajo. Mis noches eran reflejos de una realidad cruda

e inevitable. Una mañana, con el pensamiento dirigido hacia una sola idea, respondí al insistente repicar del teléfono. Era mi colaborador de correos. Sus noticias eran alentadoras. Al parecer, la estampilla pegada al sobre no era un sello de uso común. Es más, me aseguraba, no había más de tres personas que pudieran exhibirlo en sus colecciones. En su evidente alegría postal, me contó que solo se habían hecho cinco de estos sellos conmemorativos para la inauguración de un museo destinado a la joyería dorada de ciertos indígenas que poblaron la región. Cinco habían sido, porque cinco eran los fundadores. Con el tiempo se perdieron un par de estas estampillas sin saberse bien las razones. Las tres que quedaron corrieron con otra suerte. Una de ellas está exhibida en ese mismo museo que le dio origen; otra, como suele suceder, se convirtió en un objeto histórico que reposa en la biblioteca del senado, debidamente cuidada en la sala de libros y documentos antiguos; por último, la tercera de las que quedaban se subastó en un auditorio del museo, terminando en manos de un pudiente coleccionista que no dudó cuando firmaba el cheque por diez mil *expresos* que lo acreditarían como propietario legítimo de la laminita postal. En conclusión, según me decía el buen servidor de correos, la única forma de que el señor De la Vega

hubiera podido enviar tan exclusiva estampilla era al haberla adquirido de ese único vendedor. A mi colaborador le pareció totalmente improbable que la estampilla fuera una de las dos que se habían extraviado. Me dijo, al final, que el último dueño del sello era un señor llamado Martínez. Le agradecí en el alma y le prometí que si encontraba a mi hija, le obsequiaría la estampilla sin dudarlo.

”Resumiendo, el sujeto que había vendido el sello me dio la dirección del señor De la Vega después de una larga jornada de infinitas súplicas que tuvieron que terminar en amenazas. La residencia del señor De la Vega se ubicaba, a pesar de las suposiciones, en un sector lujoso de la capital.

”Lo que hice fue poner guardia al frente de su casa por un par de semanas, tratando de entender bien cómo eran sus rutinas. A él se le vio bastante, pero de Julieta nada. La orden era que inmediatamente la vieran, me avisaran para indicarles cómo proceder.

”En fin, al cabo de otra semana la vieron por primera vez. Cuando recibí la llamada, les pedí que la raptaran a cualquier costo y me la trajeran.

”Así lo hicieron. Cuando ella llegó a la casa me odió con todo su corazón. Siete meses después murió.

Pequeña aclaración de lo que pasó en la capital

Imitando la honestidad del señor Jiménez, empiezo a relatar los incidentes en la capital. En la búsqueda que se inició del tal Joaquín, nos enteramos, el Mono y yo, de que el maleante estaba acompañado de otros dos personajes que no habían sido, para nada, ajenos a las circunstancias.

Decidí, entonces, montar guardia cerca de la guarida de esos condenados, mis condenados, que esperaban sentencia. Sus actividades consistían en entrar y salir con cajas llenas de no sé qué, mujeres de oficio nocturno y clientes de dudosa procedencia. En fin, un día cualquiera, sin siquiera contar con el Mono, los vi entrar a los tres acompañados de dos mujeres y una botella de color amarillento. Así, no más, sin previo estudio, decidí entrar a acabar con ellos acompañada de mis armas y mi estilo atrevido.

Toqué la puerta y me abrió una de las acompañantes. Entré sin darle la posibilidad de preguntar nada, le puse mi arma en la espalda y le pedí que caminara. Me guió a una habitación con la puerta cerrada. Le ordené que la abriera. Así lo hizo.

La imagen era patética: una mujer practicándole sexo oral a dos hombres semidesnudos. Dije:

—Espero no estar interrumpiendo.

La mujer se cubrió rápidamente y los otros dos se quedaron mirándome. Empujé a mi escudo humano y disparé un tiro en el conducto urinario de uno de los hombres, quien se ahogó en llanto, mientras el otro, paralizado, no se atrevía ni a modular palabra.

—Mejor que digas algo —Le aconsejé.

No dijo nada.

Otro disparo a la cabeza del malherido para que rápidamente encharcara el resto de la habitación. Aun así, el otro no hablaba. Me cansé de su silencio y le propiné un tiro en el muslo desnudo. “Mierda”, fue lo que dijo.

—Pensé que eras mudo.

Las mujeres, cosa extraña, no creaban escándalo.

Finalmente, sin percatarme de la ausencia de Joaquín, maté al hombre falto de palabras. Estaba por irme. De repente, se abrió la puerta y un hombre —supe al rato que era Joaquín— descargó las municiones de una pistola demasiado pesada para él hacia todos los lugares posibles, excepto contra mi humanidad. Fue muy raro, pues ese tipo de cosas no suelen pasar. Cuando lo vi reparando su falta de balas, solo pude reírme.

—Nadie puede ser tan de malas.

Joaquín se quedó idiotizado.

—Te salvo la vida si me decís un nombre, el nombre clave. Aquel que ideó toda la violación.

—No puedo. Si se lo digo él me mata.

—No solo yo te mataría, te lo haría sentir; sería una especie de festival de tortura medieval.

Dudó por un segundo. Luego dijo:

—No, no puedo.

Cansada, le apunté en la cabeza. Confesó:

—Es un señor llamado don Mario de la Vega.

—Gracias. Te prometo que no va a doler.

Le llené de pólvora la cabeza y me fui sin despedirme.

89

Que pase lo que tenga que pasar

Es hora de cobrarle al señor De la Vega. Salgo de la oficina del señor Jiménez con una extraña claridad: la seguridad de que tarde o temprano sabré dónde encontrar al culpable.

Agarro un taxi en la avenida, rumbo a mi hotel. Entonces el bueno del Mono me llama al teléfono móvil.

—¿Qué fue?

—Nada, señorita. Lo que pasa es que el señor don Mario está en la ciudad.

—Listo, vamos a visitarlo.

Recojo al Mono y le pido que me diga a dónde ir. Dice que al centro.

En un teatro antiguo, esperamos la salida del señor De la Vega. Después de un rato, la multitud invade la calle. El Mono me señala la figura del señor De la Vega. Veo que se sube a un coche negro que no parece demasiado lujoso. Los seguimos hasta que los vemos entrar a una opulenta casona.

No va a ser fácil entrar. Habrá que usar los encantos divinos. Me acerco a la puerta, no sin antes decirle al Mono que me espere a la vuelta de la esquina. Toco la puerta de la entrada con un par de golpes manuales. Me abre un hombre corpulento. Me pregunta qué necesito. Le digo que me mandaron a ver al señor De la Vega, que soy una especie de regalo. No me cree.

—Creo que mi empleador va a estar muy enfadado por esta falta de tacto.

Me mira de arriba abajo, sospechando. Al fin, como todos, me deja pasar. Me pide que espere en la sala. Lo hago.

El señor de la Vega sale vistiendo una bata. Me mira y me pide que pase a su habitación. Me pregunta mi nombre.

—Mi nombre es Julieta.

El nombre produce el efecto esperado.

—¿Perdón?

—¿Qué pasa? Es un nombre común.

—No, es que me recordó a alguien.

Cierra la puerta y me agarra la mano. Me acerca hacia la cama y me pide que me quite la ropa. Antes le digo:

—Julieta, Jimena, Sofía. Al final son solo nombres.

—¿Qué?

—Como lo oye, caballero. Supongo que se siente bien violar a una niña que apenas empieza a vivir.

—No sé de qué habla.

Me desespera esa respuesta. Estoy segura de que cada vez que alguien la pronuncia es debido a que intenta esconder lo contrario.

—¿Vamos a jugar a la amnesia? Si esto le refresca la memoria: Jimena, la niña violada, era hija de Julieta, la niña que usted amó.

—¿Usted quién es?

—Yo soy la última cara que alguna vez verá.

Saco el arma y apunto.

—Si me mata, alguien se las cobrará.

—Si no lo mato, tendré que dejarlo vivir con el remordimiento de saber que violó a su propia hija.

Sin darle respiro de opinar, viendo su cara de sorpresa, lo mato con una especie de sensación alegre, de trabajo

cumplido. Suele suceder, aunque puede ser una impresión personal, producto de la adrenalina, de que falta algo.

Se oyen pasos subiendo por las escaleras. Me escondo detrás de la puerta. Al entrar el primer hombre, disparo sin discreción. Corro escaleras abajo. Me encuentro con un hombre de cabello blanco, fornido y con un aire misterioso. Aprieto el gatillo y descubro que no tengo balas. El hombre me agarra por los brazos, pretendiendo alzarme. Con un movimiento de cabeza, golpeo su frente. Logro soltarme, saco mi navaja y se la clavo en la frente. Encuentro, a mi vista, una estatua de bronce y lo golpeo con ella hasta ver la sangre correr.

Abro la puerta y me voy.

A veces es mejor quedarse callado

Pongo un cargador en mi arma, consciente de mi falta de provisión. Me encuentro con el Mono en la esquina. Le digo que todo terminó, que ya no nos tenemos que volver a ver. Se alegra, el idiota, mientras yo me sorprendo de que no hubiera muerto por su inmensa estupidez.

Lo dejo en su denigrante residencia. Me despido, pero el idiota tenía que hablar.

—Muchas gracias, Sofi.

Imbécil. Saco el arma y lo mato. No por lo de la violación, más bien por su descuido. El taxista me mira asustado. Le digo:

—Lléveme a casa. Odio tener que repetir las cosas.



Universidad de San Buenaventura
Coordinación Editorial Medellín
San Benito, Carrera 56C N° 51-110, Medellín, Antioquia
Tipografía: Cormorat Garamond
Colombia

2025

Colección Imaginarios

Este conjunto de textos, en el que se incluyen relatos, estampas y cuentos, configura una propuesta literaria donde la voz de la narración tiene un papel preponderante y se instala como rasgo característico del autor.

Y si bien afirmar lo anterior conduce a incluir bajo este mismo rasgo a buena parte de los escritores que pugnan por construir un universo ficcional, son destacables aquí el tono, el hilo de ironía que recorre las páginas, la cuidada sintaxis y la evidente elección del recurso del “giro de tuerca” para subvertir lo predecible y sorprender al lector.

Este breve libro de Camilo Herrera es ofrenda y promesa: ofrece y entrega paisajes, ámbitos, personajes y una voz; promete ser uno de otros párrafos y páginas del ensayo que aventura el autor con la ficción de la vida y de la propia literatura, y ahí, al mejor modo de Montaigne, “hablar sin preocuparse de todo lo que se presenta ante su fantasía”. El ensayo como autobiografía en tanto esta es básicamente crítica, como, de nuevo, lo dice Piglia: “alguien escribe su vida cuando cree escribir sus lecturas”.

Doris Elena Aguirre Grisales



UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA

VELAZCO PIEDRAGON



EB
EDITORIAL
BONAVENTURIANA
UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA